



La introducción del sistema capitalista de producción con la mecanización general de los procesos de trabajo y la eliminación del trabajo artesanal y en general de trabajo manual independiente, trae consigo no sólo la degradación del obrero convertido en apéndice de la máquina y su conversión en una suerte de instrumento vivo, sino que con el desenvolvimiento más reciente del capitalismo da lugar a dos nuevos grandes fenómenos por su magnitud y por su significación.

Uno es el fenómeno del desempleo abierto o disfrazado con carácter masivo y permanente (y quizás aun creciente en términos relativos) de grandes contingentes de población. El otro consiste en la enajenación creciente del intelectual, del científico, del técnico, de los productos de su trabajo y de la orientación de éste, lo que podría llamarse el proceso de proletarización de estas capas que las convierte cada vez más en asalariadas, las sumerge en el engranaje de la explotación capitalista y las somete también a las contingencias de la desocupación en escala significativa.

El primero es el fenómeno típico de los países subdesarrollados de hoy y se conoce como la marginalidad. El segundo corresponde a la más reciente evolución de los países capitalistas desarrollados y pudiera señalarse como la aparición de un nuevo "ejército industrial de reserva". Sobre este problema quisiéramos exponer aquí algunas reflexiones.

Ambos fenómenos son consecuencia de la forma de funcionamiento del capital contemporáneo en sus dos polos, y como tales constituyen expresiones extremas de la situación

subordinada de la fuerza de trabajo a la escala de todo el sistema, la cual se manifiesta en múltiples formas y matices de degradación cualitativa o de sometimiento, y en todo caso, de inferiorización respecto al dominio del capital.

Para tratar de entender la sustancia de los mencionados fenómenos se hace necesario examinar y re-examinar algunos conceptos esenciales relativos al proceso de trabajo y a las relaciones de producción bajo el capitalismo.

En realidad el proceso de producción capitalista puede enfocarse como la actuación simultánea de cuatro ciclos de producción, a saber: un ciclo de producción de bienes materiales, un ciclo de producción de la mercancía fuerza de trabajo, un ciclo de producción de técnicas, y un ciclo de producción de necesidades.

La concatenación de estos ciclos está determinada por el objetivo de maximización del ingreso neto de los propietarios monopolistas de los medios de producción producidos, esto es, del capital, a fin de asegurar la acumulación ampliada de éste en forma cada vez más concentrada.

En lo que sigue trataremos de describir la concatenación de los cuatro ciclos de producción mencionados.

1) El ciclo de la producción de bienes materiales y de servicios.

Es un lugar común que el capitalismo constituye un sistema económico, esto es, un mecanismo de producción de artículos y de servicios destinados a satisfacer necesidades vitales, de subsistencia, de las personas. En este sentido es similar a cualquier otro sistema económico. Pero una diferencia específica del capitalismo consiste en que lo que constituye la finalidad social del proceso productivo (o sea mantener la vida, la salud y las capacidades vitales de los integrantes de la sociedad) se convierte en un medio (en medio o motivo de enriquecimiento

de los dueños del capital;) de manera que lo que importa para los que toman las decisiones no es la magnitud real y absoluta de las necesidades de toda la población, sino aquella magnitud de las necesidades reales o supuestas que puedan traducirse en compras, en capacidad monetaria adquisitiva disponible en el mercado. Tales magnitudes pueden rebasar las necesidades genuinas de solo una parte de la población y al mismo tiempo colocarse muy por debajo de las necesidades reales de otra parte de la población: esto solo será para el empresario capitalista una indicación de la composición de la demanda que él ha de tomar en cuenta para ajustar adecuadamente su volumen y composición de la producción; pero nada más.

Ello quiere decir que el capitalismo es ante todo y por encima de todo un proceso de producción de mercancía. Puede incluso observarse que el capitalismo es el sistema mercantil por excelencia, aquel que convierte en mercancía todo lo que toca. En la moderna sociedad capitalista desde antes de nacer hasta después de morir, la vida del hombre es objeto de tráfico y tanto lo más doméstico como lo más sagrado han sido subordinados al mercado. Mientras más se expanda el dominio del mercado, más se multiplica y se ensancha la dependencia de cada uno de nosotros respecto al empresario capitalista.

Es así como el capitalismo ha venido convirtiendo en mercancías todos los bienes, servicios, y valores, sean materiales, naturales o humanos, tangibles o intangibles; esto es, convirtiendo en objeto de comercio todo lo convertible, de modo que pueda rendir el máximo provecho para los traficantes.

El capitalismo se constituye así en la culminación de una larga evolución histórica que arranca con la producción mercantil simple, prácticamente limitada a los productos materiales de consumo obtenidos en el pequeño taller o en unidades productivas de escala familiar. Esto queda incluso de relieve en la definición marxista de la mercancía, y según la cual ella es un producto del trabajo humano que pueda tener un valor de uso particular o social para determinadas personas o capas y un valor de cambio para su productor o su propietario.

A medida que el capitalismo se ha expandido ha quedado más claro que a veces aquel “trabajo” puede reducirse a la mera apropiación de recursos naturales escasos o convertidos en escasos, y que el valor de uso particular o social puede ser inducido, o puede llegar a ser dañino o incluso destructor para los consumidores en general o para determinadas personas o capas sociales.

Pero estas reservas poco tienen que ver con la motivación o función de la empresa capitalista. Su función consiste en crear “bienes materiales” y “servicios materiales” que puedan ser comprados en la mayor cantidad posible a los más altos precios posibles y para ello hay que incentivar su consumo, aun cuando socialmente considerados se trate de los peores males materiales o espirituales, al servicio del empeoramiento de la condición humana. Es por ello que recientemente el capital ha añadido a los dos sectores clásicos de la producción material —producción de artículos de consumo y producción de medios de producción— un tercer sector de relevante y creciente importancia para la estabilidad y expansión del sistema: el sector bélico, cuyo enunciado técnico-económico resume toda la antítesis inherente al sistema: “producción de medios de destrucción”.

2) El ciclo de la producción de la mercancía fuerza de trabajo

Dentro del largo proceso evolutivo que va convirtiendo los objetos útiles en mercancías, y que incorporará posteriormente los inútiles y los dañinos, la conversión de la fuerza humana del trabajador en mercancía es la que marca esencialmente el advenimiento del capitalismo.

Sin fuerza de trabajo disponible en el mercado no podrá haber capital en capitalismo; la aparición en el mercado de hombres libres desprovistos de toda propiedad distinta a la de su fuerza de trabajo determina la aparición del modo de producción capitalista.

De hecho esto implica al mismo tiempo el “descubrimiento” de un nuevo valor de uso de las energías del hombre: su

capacidad de producción de excedente o plusvalía, y la explotación sistemática de tal valor de uso por el dueño del capital. El valor de cambio de estas energías, es decir, de la energía vital del hombre, viene medido de ahora en adelante por el valor de cambio de los objetos que satisfacen sus necesidades vitales; mientras que por otro lado sus capacidades vitales, al ejercerse como trabajo, van a permitirle sobrepasar en la producción ampliamente este valor de cambio mientras exista la posibilidad de que sus energías vitales puedan ser conectadas con los medios de producción necesarios, y generar así un valor producido muy superior al valor remunerado por el trabajo. La diferencia entre estos dos valores de cambio constituye la plusvalía. La maximización de esta y su acumulación se constituye así en el motor del capitalismo. La finalidad máxima del capitalismo es por tanto la producción de plusvalía.

El proceso es muy sencillo, y deriva de que la fuerza de trabajo humana requiere para su mantenimiento una cantidad de producto inferior a la cantidad de producto que es capaz de producir. La diferencia se denomina sobre-producto y es apropiada por el capitalista como plusvalía.

La aparición del capitalismo supone también la existencia de un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Esto no solamente en el sentido de una capacidad productiva social que pueda permitir la sobrevivencia de todos, al mismo tiempo que hace posible la apropiación privada de una enorme sobre-producción transformable en capital, de acuerdo con las "necesidades" de expansión de la clase dominante, sino también en el sentido de un nivel de desarrollo técnico —que está en la base de esta productividad— que implica el aumento siempre creciente de la proporción de los medios de producción producidos (o sea, de trabajo muerto cristalizado —cristalizado en máquinas, etc.—) con respecto al trabajo vivo. Entonces, la adquisición de los objetos en que se plasma el trabajo pasado no es posible sino apropiándose del nuevo trabajo vivo, y viceversa, los propietarios del trabajo muerto son precisamente los que se hacen cada vez más capaces de explotar dicho trabajo vivo, en tanto que los portadores de éste, como explotados —esto es, desposeídos del sobre-producto que

generan— se hacen cada vez menos capaces —hasta llegar a ser definitivamente incapaces— de adquirir medios de producción.

De aquí que la acumulación de la plusvalía como incremento del capital productivo se constituya en ley dinámica inexorable del sistema, para que se cumpla la reproducción de las relaciones de trabajo capitalista que polarizan la propiedad de los medios productivos en manos de una minoría y la obligación de trabajar para esta única forma de existencia de la gran mayoría de los integrantes de la sociedad.

Sin embargo las cosas no son en la realidad tan extremadamente sencillas. Es innegable que la dinámica de las relaciones de producción capitalistas entraña una diferenciación constante de las clases en el seno de la sociedad. Si la economía de estancamiento o de reproducción simple del sistema feudal “en estado puro” reproducía intacta una jerarquía social hereditaria las leyes de la acumulación capitalista por el contrario erosionan y derrumban constantemente la jerarquía basada sobre la propiedad capitalista misma, y por un movimiento centrífugo, concentran la propiedad hacia un polo y la no propiedad hacia el otro.

Todo esto es cierto, pero si se entendiera esta afirmación en forma literal tendríamos que esperar ver la sociedad capitalista desarrollada transformándose en un puñado de capitalistas frente a una enorme masa de obreros, y nada o casi nada entre los dos polos. Al fin y al cabo, nos quedaríamos obviamente perplejos por el crecimiento evidente de las capas intermedias en las metrópolis capitalistas, capas a las cuales se han dado las más diversas denominaciones, generalmente aparejadas con el adjetivo “medias” que sugiere la situación entre dos extremos sociales.

Para explicar este fenómeno aparentemente anómalo hay que introducir elementos adicionales de interpretación.

El primero se refiere a la estratificación dentro de la burguesía. Viendo las cosas a largo plazo, a la altura del siglo XIX la expropiación y la apropiación capitalista privada de la

riqueza social en el seno mismo de los países capitalistas que habían realizado la revolución industrial se encontraba en una etapa temprana, debido entre otras cosas a que el grueso de la apropiación de riqueza acumulada que había permitido la creación originaria del capital se había efectuado a costas de los continentes invadidos y saqueados por los marinos, militares y comerciantes europeos, y por todos los que luego se convertirían en grandes empresarios industriales capitalistas. La expansión europea y la acumulación primitiva del capital a base de las riquezas acumuladas en lo que hoy es el tercer mundo y a base del trabajo forzado de sus habitantes permitió que originalmente se creara una masa considerable de empresarios o proto-empresarios capitalistas, a base incluso de la prosperidad de modestos artesanos y maestros.

Por otra parte en el interior de las metrópolis capitalistas, aunque el desarrollo de tipo capitalista reinaba y se imponía irreversiblemente en el conjunto de la sociedad, tan sólo una parte de la producción se realizaba en los marcos de la producción propiamente capitalista. El proceso de absorción de una rama tras otra, de un renglón tras otro, de un sector de la sociedad tras otro, por la maquinaria insaciable de la producción de plusvalía, constituye la historia de las diferentes fases por las que atraviesa el sistema. Ello permitía un cierto crecimiento del empresariado capitalista.

Más tarde, cuando se acentúe el proceso de concentración monopolista, a fines del siglo pasado y comienzos del presente, aunque la mayoría de estos empresarios se verán desplazados del núcleo central de la burguesía, vendrán muchos de ellos a cumplir funciones de gran importancia para el sistema ya sea dentro de las grandes empresas, ya sea en la miriada de pequeñas y medianas empresas capitalistas que hacen de atmósfera protectora sin la cual la oligarquía monopólica no podrá mantener su dominación.

Esto es una ilustración de que la dinámica social no consiste apenas en la diferenciación de clases. Se manifiesta también una diferenciación interna, dentro de cada clase, que expresa y manifiesta la dinámica interna del sistema en la esfera social según

el mismo movimiento centrífugo que acabamos de señalar, acompañando el proceso de absorción de homogeneización y de concentración que tiene lugar en la esfera propiamente productiva, y matizando el espectro clasista, aunque el contenido de la estructura social en general siga siendo el mismo, puesto que aunque las relaciones de producción no cambien su esencia, sin embargo la morfología de esta estructura varía según las fases de desarrollo del sistema capitalista.

El proceso de diferenciación también actúa sobre los trabajadores, y han venido cambiando la ubicación y la significación social del trabajo asalariado a lo largo del desarrollo económico, y modificando coetáneamente las funciones, la remuneración y la posición social de las diversas capas de trabajadores. Sobre esto volveremos luego.

3) El ciclo de producción de técnica.

A diferencia de los sistemas económicos que le precedieron, el capitalismo se caracteriza por la aplicación deliberada de la ciencia al proceso de producción material. Nacido de dos revoluciones tecnológicas significativas (la naval-comercial del siglo XV y la industrial del siglo XVIII), ha dado lugar a otras dos en los dos siglos subsiguientes: la “segunda revolución industrial” a mediados del siglo XIX y la revolución “científico-tecnológica” del presente.

Este “revolucionamiento” de las técnicas de producción es también expresión de la incesante evolución de la división social del trabajo típico de la producción mercantil, y que en el capitalismo conduce la especialización al paroxismo. La especialización divide y subdivide ad infinitum en sectores, subsectores, ramas y sub-ramas, el circuito económico global, fraccionándolo sin cesar y añadiéndole nuevos eslabones, sometiendo lo más “natural” y lo más “doméstico” al dominio de la esfera “productiva”, mercantil, desde la femineidad más espontánea hasta el valor estético de las obras de arte.

Ahora bien, si en sus inicios el capitalismo se revela como producto de un desarrollo técnico empírico, nacido de la gene-

realización de la experiencia y la necesidad inmediatas, en buena medida al margen de la ciencia, más tarde el propio proceso de especialización lleva a la gran empresa a interesarse más directamente por los resultados de la investigación científica, a tratar de impulsarla hacia la búsqueda de frutos tecnológicos —o sea descubrimientos e innovaciones aplicables a la producción—. Por último, los monopolios asumen directamente el proceso de creación de tecnología como parte de su actividad productiva. En otras palabras, la producción de técnica pasa a ser un nuevo sector económico, dirigido inmediatamente por la empresa capitalista en función de la maximización de plusvalía.

Este nuevo ramo productivo ha venido a constituirse socialmente en sector de primera importancia, no sólo por la creciente ocupación de recursos financieros y humanos que exige, sino porque se ha erigido hoy en los países capitalistas más avanzados en el “leading sector” dinámico del sistema, esto es, en el sector clave para el crecimiento económico global.

El alcance de la actividad social productora de técnica, va mucho más allá del área cubierta por las empresas.

En efecto, una de las funciones prioritarias del Estado capitalista es hoy la de la investigación tecnológica: a ella dedica ingentes recursos y esfuerzos, que en parte son justificados por sus funciones propias de “seguridad”, de “defensa” y otras similares, o por aquellas de índole social derivadas del terioero ambiental o de la prestación de servicios a la colectividad, pero que en la mayor parte de los casos son resultados de los requerimientos del crecimiento económico capitalista con garantía de estabilidad social y de expansión continua.

Por esta vía toda la esfera científica y educacional queda subordinada a la demanda de la cúspide monopolista del capitalismo, en cuanto a lo que se debe investigar y aprender, y acerca del para qué. La organización y la motivación de la estructura cultural del capitalismo quedan inmersas en la ideología mercantilista y sujetas a la fragmentación, impuesta por la, especialización capitalista.

Por una parte, la producción de tecnología se ha dividido y subdividido para responder a los requerimientos de cada rama y subrama de la actividad económica. Hay creación de tecnología para la minería, para la agricultura, para la administración, para la aeronáutica, para la comunicación, para el comercio, para la publicidad, para la estadística, para la producción y utilización de armamentos, para el consumo y para la propia producción de tecnología. Todo está hoy sometido a la tiranía de la tecnología.

Por otra parte, no se puede olvidar que este tirano está sujeto al control decisivo del capital. La tecnología demandada (y a la postre impuesta) por el empresario es una que directa o indirectamente al fin y al cabo facilite la acumulación de capital.

Pero aquí yace sin duda una de las contradicciones más difíciles de resolver para el sistema, exacerbada a medida que se incrementa la concentración monopolista. Esta posibilidad cada vez más eficazmente el control del mercado y el sostenimiento de un elevado nivel de precios, así como la aplicación de medios y equipos de gran escala que permiten reemplazar mano de obra y reducir los costos de producción.

Pero esto, que constituye el non plus ultra de la felicidad de la empresa individual, se traduce a la escala de toda la sociedad en una incapacidad cada vez mayor del aparato propiamente productivo para absorber nueva mano de obra. Este defecto no sólo conlleva una desagradable (y en ocasiones amenazante) perturbación social y política, sino que se traduce en un debilitamiento de la demanda efectiva, de la capacidad adquisitiva disponible en el mercado, que contracta con el incremento de la capacidad productiva generada por los éxitos tecnológicos. Esta disparidad, que casi condujo al abismo al capitalismo durante los años 30, dio origen a la política Keynesiana de intervención permanente y creciente del Estado en la vida económica como única fórmula salvadora del sistema. Tal es hoy la doctrina oficial reconocida unánimemente en el centro capitalista. Tal es el sentido del intervencionismo estatal. Pero los tiempos que corren han mostrado que el capitalismo está lejos de haber hallado aquí una fórmula

mágica. La contradicción antes señalada se replantea una y otra vez, poniendo en peligro la estabilidad y la existencia misma del sistema.

Dejando esto de lado, la aparición de un sector económico de tanta entidad como la producción de tecnología tenía que comportar el surgimiento de un sector social significativo, cuyo peso y consistencia se elevan particularmente: el de los tecnólogos y científicos. ¿Cómo emerge esta capa social?

Volviendo a las transformaciones que tienen lugar en la técnica de producción y en la introducción de la misma al proceso de trabajo, habría que preguntarse quién inventaba las nuevas máquinas, quién poseía el saber necesario, en otros términos, quién realizaba las funciones de científico inventor, tecnólogo, creador intelectual, de estos nuevos medios de producción. Evidentemente no los obreros, quienes, esclavos como eran de las máquinas existentes, no soñaban sino con destruirlas.

En la mayor parte de los casos tampoco los capitalistas; éstos no hacían sino aplicar para su beneficio el descubrimiento de otra persona.

Este inventor era pues algún otro, ni obrero ni capitalista, que producía una mercancía que tenía mercado en la producción capitalista, donde era vendida; lo que él ofrecía al comienzo no era sino su saber, lo que él había añadido era su trabajo, el producto que él podía finalmente ofrecer era una mercancía cuyo valor de uso consistía en su capacidad para aumentar la productividad y por consiguiente en incrementar la plusvalía relativa.

En efecto, durante la edad media existía un corte horizontal en el proceso total de producción que separaba netamente el saber y las ciencias generales de la técnica de producción, la ciencia en las manos de una élite ociosa no era sino especulación estéril sin posible aplicación a las técnicas de producción, ya que los científicos, los cultivadores de esas

ciencias no podía ni siquiera soñar en la implementación de instrumentos de trabajo, por su parte los artesanos y los campesinos no poseían sino un saber muy segmentado, perfeccionado, por la experiencia, pero jamás transformado radicalmente.

El advenimiento del capitalismo conlleva la ruptura de todas las barreras, incluso esta última. Entonces, la ciencia comienza a ser colocada al servicio de la técnica de producción, lo que trae como consecuencia social la conversión progresiva de los artesanos en apéndices de la máquina y la conversión de una parte de la élite ociosa en élite productiva independiente.

El proceso de conversión de los medios de producción y de la fuerza de trabajo en capital dejaba afuera, estimulando su crecimiento, un sector de poseedores independientes, los productores de la técnica.

Mientras que la pequeña burguesía clásica con sus medios de producción insuficientes, luchaba por la supervivencia explotando a otros, pero a su vez trabajando ella misma, una nueva clase de productores independientes emergía y se desarrollaba.

Pero los libros, los viajes, las universidades que permitían la adquisición de ese saber, tenían que ser comprados por medio del dinero. Había pues que encontrarse del lado de las clases poseedoras para tener acceso a éste. La negación del trabajo intelectual de los unos, permitía la valoración del de los otros; el mismo proceso centrífugo que concentraba la propiedad de un polo, concentraba también las posibilidades de acceso a estos nuevos medios de producción.

Sin embargo, la voracidad del capitalismo no conocía límites si la extracción de plusvalía estaba determinada de más en más por estos productores, había que arrancarles su medio de producción y someterlos al control del capital. Mas la situación no estaría madura sino hasta el momento en que la composición orgánica del capital hubiera llegado a un nivel prohibitivo. Entonces los grandes laboratorios los computadores, la cantidad y la calidad de las materias primas y de instrumentos necesi-

rios para la investigación del producto comienza a devorar a los productores: el último eslabón de la producción social está listo para la expropiación, de un nuevo tipo de fuerza de trabajo está disponible para ser vendida en el mercado. Si la producción social, en todos sus aspectos, se hace de más en más colectiva, la apropiación de la riqueza producida se convierte de más en más privada, la línea de demarcación entre poseedores y no poseedores se hace de más en más infranqueable, la última etapa de la carrera en busca del beneficio ha comenzado. Los oligopolistas toman en sus manos todos los controles: pueden frenar la aplicación de las ciencias, pueden frenar la instrucción, pueden frenar el consumo, pueden frenar la sociedad, pueden hacer todo esto según las exigencias de la caza del beneficio.

Para luchar contra la baja tendencial de la tasa de ganancia, el verdadero monopolio parecía ser la única salida.

Sin embargo, hemos dicho cuán elocuentemente se quebró hace ya cuatro décadas la ilusión de la omnipotencia del monopolio en la esfera estrictamente económica, y cómo por ello se vio obligado a hacer intervenir directamente en el manejo de sus negocios al Estado, al factotum de la esfera política. Además, el monopolista se vio obligado a manipular la psicología social no sólo para asegurarse mejor la lealtad de sus obreros y empleados, sino para garantizarse una clientela vasalla, obediente a los requerimientos de la venta. El capitalismo creó para ello otro ciclo: el ciclo de producción de necesidades.

4) El ciclo de producción de necesidades.

De acuerdo con lo señalado, es fácil comprender de qué se trata. Se trata de crear un complejo aparato de promoción y de propaganda destinado a multiplicar el número de consumidores solventes, esto es, de compradores, de la mayor diversidad de "bienes" y servicios, por un lado, y a multiplicar, por otro lado, su disposición y su capacidad para la compra.

Para tal efecto, la propiedad y la manipulación de los medios de comunicación así como su producción y su difusión, se convierten en palancas fundamentales del funcionamiento del

sistema. De este modo se crea igualmente un sector social de agentes de la publicidad y de la información que por el monto de sus ingresos puede equipararse a la capa de científicos y técnicos. En ambos sectores el ingreso percibido va a contribuir en último término a reforzar la demanda debilitada y va a servir por tanto como factor de compensación.

Pero lo más importante es la función inductora de demanda en las demás capas sociales. También aquí se desarrolla una técnica especializada que va a ser clave para el éxito del capitalismo.

Sobra insistir acerca de los mecanismos de inducción de demanda, pues ellos son el pan nuestro de cada día en nuestra sociedad.

Sólo queda añadir que esta inducción no se limita a los consumidores privados, sino que se ejerce también en gran escala sobre las autoridades decisivas de los organismos del Estado a fin de orientar la gestión presupuestaria en el sentido más conveniente a la ampliación de las ventas y los beneficios monopolistas.

Aparte de las compras directas que el Estado puede realizar y los subsidios a las actividades de investigación tecnológica previas a las grandes inversiones, la responsabilidad fundamental del sector público, dentro de la decisión de funciones que la asigna el capitalismo, es la de asegurar el pleno empleo de la mano de obra.

Para tal fin se convalidan todas las irracionalidades. Desde la "ocupación" directa en el ejército hasta la expansión del "complejo militar-industrial" que absorbe —y eventualmente destruye— recursos humanos en magnitudes considerables y ocupa, agota y destruye recursos naturales en proporciones gigantescas.

Esta es la lógica del capitalismo, por absurda que nos parezca, y este es su último círculo.

Hasta aquí ha llegado en el control planificado de su evolución y parecía a la luz de los últimos años que así podría funcionar indefinidamente.

Sin embargo, esta lógica ciega del beneficio privado no es otra que la de la acumulación del capital a toda costa, de detrimento del trabajador y de la naturaleza, esto es, del medio ambiente que hace posible la vida, cuya destrucción ha conducido o tendrá que conducir a una crisis ecológica, sobre la cual trataremos por separado.

Lo que queremos subrayar aquí es que a través de esta lógica de la especialización del aparato social global en función de la maximización del beneficio monopolista, el capitalismo efectúa una diferenciación dentro de la esfera social de los trabajadores, en la que es relevante el papel de las diversas capas de especialistas, cualquiera que sea su esfera.

EL PAPEL DE LOS TECNICOS Y LA DIFERENCIACION DE LOS TRABAJADORES

Volvamos ahora a la empresa capitalista y al proceso de producción. En la búsqueda del beneficio, el medio más eficaz es el aumento de la plusvalía absoluta, o sea, el derivado del incremento del valor agregado por el trabajo directo —a través de la prolongación de la jornada de trabajo o de su intensificación—. Esta vía ofrece la ventaja de que no requiere aumento de la inversión en capital fijo y, por tanto, no se traduce en una baja de la tasa de beneficio.

Sin embargo, se presentan muchos obstáculos a tal fin. La prolongación de la jornada laboral se vé bloqueada por las conquistas sociales; cada hora extra resulta más onerosa; la velocidad de las cadenas de montaje tiene límites objetivos, etc.

Quedan todavía dos medios que pueden explotarse, sin embargo. Uno es la “racionalización”, el otro la elevación del interés por el trabajo de parte de los obreros. Para actuar en estos

dominios hacen falta expertos en organización y psicólogos, cuyos servicios deben ser comprados, ya sea a destajo, ya sea incorporándolos como miembros del personal asalariado dirigente, si lo permite la escala de la empresa. Estos gastos equivalen a una pequeña inversión en capital constante, cuya amortización está por debajo de su rendimiento.

Aún otra fuente de plusvalía absoluta, consiste en el proceso de "simplificación" social de la fuerza de trabajo antes compleja. Este proceso se cumple a través, por ejemplo, de la universalización de la instrucción primaria y luego de la secundaria, haciéndolas obligatorias y gratuitas, o sea pagadas por el Estado. Al acabar con la escasez de estos niveles de conocimiento y de complejidad y crear en su lugar una plétora, la remuneración de esta fuerza de trabajo antes relativamente privilegiada, desciende al nivel de la fuerza de trabajo simple. Un fenómeno análogo pero más específico se cumple con la masificación de la enseñanza profesional y técnica totalmente a cargo del Estado, suerte de inversión pagada por toda la sociedad para acrecentar las utilidades del capital privado.

En cuanto a la plusvalía relativa, su incremento comporta casi siempre el descenso de la tasa de beneficios, a través de la tendencia a la elevación de la composición orgánica del capital, o sea, del crecimiento proporcionalmente mayor del componente de capital constante sobre el capital total. En este aspecto el papel de los investigadores, los ingenieros, los tecnólogos innovadores consiste por un lado en crear medios de producción menos costosos, ahorradores de capital, y por el otro en aumentar incesantemente la productividad resultante; de allí que las actividades de "investigación y desarrollo" tecnológicos pasen a ser un sector fundamental de la empresa, y de los profesionales de estas especialidades, se conviertan en asalariados de alto nivel. Aunque en definitiva la amortización de su técnica estará siempre por debajo de la cantidad de valor que ella permita crear mediante el aumento de la productividad.

NUEVAS FORMAS DEL

REPARTO DE LA PLUSVALIA

Pero ambas maneras de aumentar la plusvalía conllevan indefectiblemente la multiplicación de la masa de productos creados y aguzan la pugna por el mercado, la competencia monopolística intrarrama o interramas, la “selección capitalista” y la concentración monopólica, tanto horizontal —extensión de una empresa a varias ramas: empresas “polígotas” o conglomerados —como vertical— contra las fases sucesivas, desde la extracción de materias primas hasta la venta al consumidor.

Esta es la razón por la cual el capitalista industrial de hoy ya no cede como antes, una parte del valor del producto al comerciante independiente a fin de que este asegure la realización de la mercancía, sino que prefiere controlar por sí mismo el transporte, la distribución y la venta, contratando los servicios de especialización correspondientes para cada actividad.

Los mismos procesos, junto con la prohibición o el acuerdo tácito de no usar la “guerra de precios” como medio de competencia, o sea, de no bajar jamás los precios de venta, conducen a que la concurrencia se libre sobre todo en el terreno de la manipulación psicológica de los consumidores, esto es, en el de la publicidad, orientada a hacer crecer la demanda de consumo en general, incluso a cuenta de los ingresos futuros, y en especial la del producto específico de la empresa. De allí que los expertos en ese ramo reciban una parte de la plusvalía, así como los dueños de los medios de comunicación masiva y de las agencias de publicidad.

Queda todavía el aspecto administrativo de las grandes empresas. El monopolio no es la pequeña empresa capitalista, con un contador y una secretaria. La administración de los enormes complejos conglomerados exige todo un vasto aparato. Desde la secretaria, cuyo trabajo consiste en mecanografiar, hasta los escalones superiores de la gerencia, cada salario equivale a una amortización. Pero la diferencia aquí consiste en que su trabajo no aumenta en nada la productividad: sus servicios represen-

tan un costo neto que sale de la plusvalía. Además su actividad exige el consumo de papel, máquina de escribir, calcular, muebles, oficina, aparatos telefónicos, etc. Sin embargo, son indispensables. Por consiguiente para colocar el precio de sus conocimientos por debajo de su valor, es necesario hacer intervenir el desempleo, y la mecanización para reducir además la calificación requerida al nivel de fuerza de trabajo simple: hará falta también la racionalización, la intensificación del trabajo, la organización más eficaz.

En esta escalada llegamos a la cúspide, al identificar una casta de asalariados muy particular: la de los directores, grandes administradores y funcionarios de extrema confianza. Su saber es sobre todo financiero, político, esencialmente capitalista. Sus técnicas sólo tiene valor de uso para los capitalistas: si se trata de economistas, por ejemplo, más que de la ciencia económica de lo que se ocupan es de maximizar el beneficio capitalista. Desde el punto de vista de la sociedad pueden resultar a veces casi tan inútiles como los capitalistas mismos; son explotadores casi al mismo título y nivel que ellos. Su salario es en verdad una parte de la plusvalía.

LOS MECANISMOS DE
PRODUCCION Y DESARROLLO
DE LA FUERZA DE TRABAJO
EN EL CAPITALISMO

Pero, ¿de dónde vienen todos estos técnicos? ¿Cómo y dónde se han formado? ¿Por qué existe siempre fuerza de trabajo simple si uno puede venderla tan favorablemente si posee la instrucción suficiente?

Al referirnos al ciclo de producción de fuerza de trabajo, constatamos que en el desarrollo capitalista ha habido un crecimiento enorme de lo que podría llamarse la composición orgánica de la fuerza de trabajo social en el sentido de la elevación del componente técnico acumulado y transmitido en desmedro de

la destreza viva y personal del trabajador. Pero igualmente se constata una distribución muy desigual del saber. Mientras que el nivel mínimo de instrucción se eleva lentamente, la distancia que lo separa del nivel máximo posible, parece aumentar hasta el infinito. Al mismo tiempo observamos que la familia desempeña un papel cada vez menos importante en el proceso de socialización del saber, que ha sido tomado por los medios de comunicación masiva, incluso la escuela.

Se constata también un aumento de la riqueza social que se traduce en una elevación del consumo: el circuito antes descrito implica la necesidad del ensanchamiento del poder de compra de las masas: para la distribución de este poder incrementado se sigue aproximadamente la estructura desigual de la distribución del nivel de instrucción: lenta elevación del nivel mínimo de consumo y creciente distancia respecto al nivel máximo posible.

Imaginemos por un instante, que las conquistas de los asalariados no fueron más que el resultado de un plan maquiavélico de los capitalistas. De hecho, dado su control de los mecanismos determinantes del poder de compra real (tales como la inflación, el sistema impositivo, el drenaje del ahorro, etc.), esto es en parte verdadero.

Ellos ceden en la medida en que les conviene y lo que se ven forzados a dar por encima es posteriormente retomado a través de sus mecanismos; debe incluirse entre sus conveniencias la prevención de conflictos decisivos de modo que el grado de concesiones generalmente dependen del grado de exasperación de los trabajadores. En esta óptica, que simplifica pero capta lo esencial, consideraremos la instrucción gratuita, la seguridad social, el subsidio de desempleo, las vacaciones, las distracciones y el transporte barato y la jubilación como coherentes con los intereses fundamentales de los capitalistas.

Lo primero que hay que notar es que la mayor parte del costo de todo esto, no sale directamente del bolsillo capitalista; sino del fondo común, manejado por el Estado al cual contribuye toda la población de proporciones no muy justas. Segundo, todo

esto disminuye el valor nominal de la fuerza de trabajo simple en el mercado, aumentando al mismo tiempo su valor real, su productividad. Si el fondo social absorbe buena parte de los costos de mantenimiento de la fuerza de trabajo, esta cantidad se descuenta del salario; además si el capitalista necesita una fuerza de trabajo a tono con la tecnificación de la producción, que aún siendo simple sea hasta cierto punto desarrollada, hay que distribuir este cierto nivel en el conjunto de la población para que este saber se desvalorice. El hecho mismo de que tiene un cierto valor mínimo privilegiado, se refleja en los fenómenos ligados a la explotación de los inmigrantes.

Ahora bien, tomemos esta fuerza de trabajo simple cuyo salario basta para proveer alimentación, alojamiento, vestidos, cuidados médicos, instrucción, distracciones, incluida la televisión y transporte. En general lo esencial es que los hijos de los obreros no especializados están destinados a substituirlos en similares condiciones: una vez finalizada la escuela obligatoria, ellos se casan y se integran al proceso de producción casi como sus padres. Sin embargo, esto no ocurre automáticamente pues la demanda de fuerza de trabajo simple no es obligatoriamente igual a su oferta, por lo que la regulación se realiza por la expansión o contracción de la demanda: si hay posibilidades de trabajar, el matrimonio y la incorporación activa se harán más fácilmente; si no hay que apretarse el cinturón y hacer un esfuerzo adicional y adquirir conocimientos especiales en el dominio que ofrezca oportunidades más atractivas, para lo cual la parte de la familia que trabaje, debe sacrificarse. A veces no basta y el estudiante se vé obligado a vender parcialmente su fuerza de trabajo a precio de inmigrante en las "horas libres", incluso las del sueño.

En general, los hijos de obreros no especializados o semiespecializados están destinados a actuar como obreros a diversos rangos de la escala de especializaciones y remodelación, según el tipo de formación adquirida: su percepción está integrada por el salario básico del trabajador simple más una parte diferencial que representa la amortización mensual del valor de adquisición de la técnica. Esta parte adicional del ingreso les servirá para elevar en algo los niveles de vida y por consiguiente el nivel de gastos en las categorías más sofisticadas en artículos de consumo. Esto

coincide con el interés de los capitalistas no sólo en el sentido de cultivar la ilusión adormecedora de vida, prosperidad, sino también como mercado para el creciente monto de la producción.

Esto es así, porque la fuerza de trabajo simple no está en capacidad de adquirir sino los objetos de primera necesidad, en tanto que la diversificación y diferenciación en la producción capitalista induce a los empresarios a lanzar artículos más refinados y más caros en una cuantía que supera los límites del mercado natural constituido por los grupos de mayores ingresos o sea, por las familias capitalistas y las de clase media alta; de allí el papel compensador que compra la valorización de fuerza de trabajo compleja como creador de demanda efectiva para tales mercancías más sofisticadas.

También habrá que dedicarse una parte del valor creado al financiamiento de la formación de la fuerza de trabajo compleja de relevo, de modo que la nueva generación pueda sustituir a la anterior una vez llegado el momento. Aunque no cabe duda de que las expectativas generadas por el mercado influyen en la atracción de candidatos a optar para la formación profesional correspondiente, no es menos citar que aquí comienza ya a actuar con más fuerza el papel de nuestro psicológico de la ilusión, en el sentido de exagerar las oportunidades reales de colocación a los niveles "privilegiados de remuneración" con lo que por general la oferta de trabajadores calificados y especializados tienden a resultar superior a la demanda. Esto quiere decir que los hijos de los trabajadores del peldaño inferior presionan para entrar en el mercado de trabajo del escalón inmediato superior y así en cada uno de los peldaños se ejerce la presión sucesivamente hacia arriba; los déficits de demanda de fuerza de trabajo en cada escalón obligan a un proceso similar ya descrito de espera de colocación adecuada, sacrificio temporal, disminución del precio de oferta de la propia fuerza de trabajo, o "aprovechamiento del tiempo" en más información, en una formación profesional aún más elevada. En definitiva todo esto se traduce en una reducción del nivel de percepción real para la familia.

A través de lo dicho puede verse que en cada franja de las clases sociales trabajadoras se verifican, al mismo tiempo un proceso de reproducción simple y una de reproducción ampliada de

la fuerza de trabajo, cuyas proporciones y modalidades son determinadas por las fluctuaciones de la demanda en fuerza de trabajo en cada categoría. Estas proporciones y modalidades a su vez son influidas por el ritmo de acumulación del capital y por los cambios en la densidad de capital por hombre o composición orgánica del capital.

En general se ha observado que el aumento de una tasa de crecimiento —la del capital— comporta el aumento de la otra y que este doble ascenso tiende a requerir en promedio una mayor calificación —o sea capacidad adquirida— de la fuerza de trabajo en relación al componente de la fuerza de trabajo simple, o sea, un ascenso del que podemos denominar la composición orgánica de la fuerza de trabajo. Tendencialmente esto se ha constatado a lo largo del desarrollo capitalista con respecto a la fuerza de trabajo de la metrópoli del sistema y es más notorio en las épocas de acelerado cambio tecnológico.

Sin embargo en el momento presente, cuando la revolución científico-tecnológica parece haber llegado a su fin, cuando la monopolización de la economía capitalista a nivel internacional registra un clímax que permite el control de la oferta para las corporaciones multinacionales a lo largo y ancho del mundo no capitalista, y cuando las empresas se esfuerzan en aplicar innovaciones ahorradoras de capital, la demanda de fuerza de trabajo calificada y especializada registra un estancamiento a todas luces clave y prolongada. El proceso de acumulación de capital parece tender a debilitarse al menos en los sectores más empleadores de mano de obra y pareciera tender en aquellas ramas bélicas o parabélicas que dependen del financiamiento y del mercado estatal; por otro lado la modernización del capital más dependiente del mercado privado padece un letargo notorio que últimamente puede haberse agravado con el encarecimiento sustancial de las materias primas y los combustibles, aumentando también los requerimientos de innovaciones ahorradoras de capital y de control de la oferta, mediante el alza de precios. Todo ello ha significado que en los centros metropolitanos han surgido barreras en el ciclo de reproducción “armónica” de la fuerza de trabajo.

Sin embargo esta información solo llega muy lentamente, esto es, con mucho retraso a los interesados, los cuales continúan su forzada preparación movidos por las expectativas de una colocación remuneradora que no logran obtener. El resultado es que cuando llegue el momento de la realidad una parte sustancial de los recién llegados al mercado de trabajo se verá obligada, pasado el noviciado de espera, infructuosa a renunciar a la ilusión y resignarse a trabajar por debajo de su capacidad y a venderse por debajo de su valor. Sólo entonces el estado y publicidad, tratarán de crear nuevos servicios y nuevas necesidades, por un lado; y por el otro lado establecer cupos y barreras colectivas en la educación, o alargar esta, etc., etc.

Estos remedios operativos, se revelan tardíos e insuficientes, de manera que el desempleo de técnicos llega a hacerse inevitable, así como la crisis en la educación por superproducción de especialistas destinados al paro forzoso.